

Cuarenta Naipes
Revista de Cultura y Literatura

“EN DETERMINADO MOMENTO, ENTERRÉ Y DESENTERRÉ LIBROS...”

Entrevista a Horacio Tarcus¹

Por Andrea Vilariño² y Elena Vinelli³

Universidad Nacional Arturo Jauretche - Argentina

Un 23 o 24 de marzo de 1976, con el Golpe Militar ya instalado, Tarcus y un amigo embolsan sus libros, los trasladan en tren a Ituzaingó, cavan un pozo y entierran los 44 tomos de las obras completas de Lenin. Tenían entre 18 y 20 años. Tempranamente, el joven Tarcus hubo de desarrollar una serie de tácticas restitutivas, clandestinas y contrapolíticas al rescatar, intercambiar, ocultar y hacer reaparecer las páginas prohibidas por la dictadura cívico-militar, cuando la palabra gráfica parecía cautiva de una situación sin salida, diría Didi-Huberman (2012). Una práctica resistente que le permitiría empezar a diseñar lo que es hoy el archivo del CeDinCi, desde donde siguió reivindicando el derecho a la palabra, a la memoria, a la trasmisión de la experiencia de nuestro pueblo. El 14 de

¹ Horacio “Tarcus” Paglione (Buenos Aires, Argentina, 1955) funda y dirige el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDinCi), epicentro de su hacer cotidiano. Es Investigador principal del CONICET, Licenciado en Historia por la UBA y Doctor en Historia por la UNLP. Especialista en Historia social e intelectual de las izquierdas latinoamericanas, historia del libro, archivos y patrimonio cultural. Es docente de la UBA y la UNSAM, y ha dictado conferencias y seminarios de posgrado en diversas universidades del país y el exterior. Ha sido becario de la Fundación Guggenheim (2003) y ha recibido el Premio de la Fundación Konex por su trayectoria en el área de Historia y el Premio Nacional de Historia (2019). Ha sido asesor y subdirector de la Biblioteca Nacional. Ha publicado centenares de artículos y unos doce libros sobre historia de las izquierdas argentinas y latinoamericanas, entre los más recientes: *Diccionario biográfico de la izquierda argentina* (2007), *Marx en la Argentina* (2007), *El socialismo romántico en el Río de la Plata* (2016), *La biblia del proletariado* (2018) y *Los exiliados románticos. Socialistas y masones en la formación de la Argentina moderna* (2019).

² Andrea Vilariño (Buenos Aires, Argentina, 1967) es Profesora en Letras (UBA), Especialista en Lectura, Escritura y Educación (FLACSO) y Codirectora del proyecto de investigación *Testimonios del ocultamiento y destrucción de libros y otros objetos culturales en la Argentina dictatorial (1976-1983)*, e integrante del grupo *Voces de la Memoria*. Se desempeña como docente-investigadora en la Universidad Arturo Jauretche (UNAJ) y en varias instituciones de nivel superior; e integra los equipos de capacitación docente de la Dirección General de Escuelas de la provincia de Buenos Aires. Ha publicado diversos artículos vinculados con sus áreas de investigación. E-mail: vilarinoandreadiana@gmail.com

³ Elena Vinelli (Buenos Aires, Argentina, 1952) es Magister en Análisis del Discurso (UBA) y Profesora en Letras (USAL). Es docente de la Universidad Arturo Jauretche, en la que dirige el proyecto de investigación *Testimonios del ocultamiento y destrucción de libros y otros objetos culturales en la Argentina dictatorial (1976-1983)*; conforma allí mismo el grupo *Voces de la Memoria*. Es también docente en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Participa y ha participado en una serie de proyectos de investigación en la Universidad Nacional de Mar del Plata, dirigidos por Mónica Bueno, y en la Universidad de Buenos Aires, grupo *Colectivo 12*, dirigidos por Ricardo Piglia. Como resultado de su participación en dichos proyectos, ha publicado numerosos artículos en periódicos, revistas y libros. Las líneas de investigación de las que se ocupa son, por un lado, la transposición entre textos literarios y otras artes, y por otro, la tensión testimonio/memoria en la historia reciente. E-mail: elevinelli@gmail.com

abril de 2018, en su casa de Buenos Aires, recibe a las entrevistadoras del grupo de investigación *Voces de la Memoria*.⁴



Elena Vinelli — *Queríamos iniciar la entrevista retomando su vida anterior al Golpe de Estado del 24 de marzo. Nos interesaría que nos cuente cómo pasó los años previos a la dictadura, entre sus dieciocho y veinte años: el colegio, el acceso a la universidad, sus lecturas y su militancia.*

Horacio Tarcus — Durante toda mi niñez y la primera adolescencia yo pensé que me iba a dedicar al dibujo humorístico, la historieta. Era caricaturista. Empecé haciendo caricaturas de los profesores y de los compañeros en el colegio primario y secundario. Pero cuando me tenía que inscribir en alguna carrera para hacer dibujo y profesionalizarme, en el '72, '73, se vino la politización y ahí irrumpió de pronto la Historia. Para ese entonces ya era un lector muy intenso de literatura, de filosofía, de las cosas que uno lee en la adolescencia: Nietzsche, Cortázar, Borges, Sábato... Cuando tenía 14 o 15 años me encantaba *Sobre héroes y tumbas*. También leía los libros que estaban en la biblioteca de mi viejo: Baldomero Fernández Moreno, que había sido su profesor de literatura, Conrado Nalé Roxlo, Horacio Quiroga, los vanguardistas... Lo que había en la biblioteca: Alfonsina Storni, Bécquer, Antonio Machado y algo de ensayística, porque, por supuesto, mi viejo era

⁴ Vinelli, Elena; Vilariño, Andrea (entrevistadoras) y Aylén López (filmación y fotograma). *Entrevista a Horacio ("Tarcus") Paglione*, Ciudad de Buenos Aires, 14 de abril de 2018, Archivo Oral de la UNAJ.

hijo de inmigrantes y un producto de la educación pública de las décadas del '20 y del '30. Entonces, estaban los libros de José Ingenieros, de Aníbal Ponce y revistas: mi viejo compraba revistas y había editado también una revista estudiantil. Él se reunía con sus compañeros en el colegio “Mariano Moreno” y ahí aparecían Héctor Agosti, Arturo Frondizi, porque había sido celador del curso de mi viejo. Entonces, ese universo, digamos, también pesó en mis elecciones. Esa biblioteca estaba ahí y también las anécdotas que mi viejo nos contaba. Él había estudiado Medicina y había conocido a Ernesto Giudici, que había tenido que interrumpir una carrera porque lo expulsaron de la universidad. Contaba muchas anécdotas de ese mundo, de ese colegio y de las conferencias y cursos del Buenos Aires. Y, bueno, ese universo empezó a pesar. Entonces yo leía mucho a José Ingenieros, que había estudiado primero Medicina y después se había dedicado a la Filosofía y la Historia. Y me dije: “Voy a estudiar Medicina” y entré en esa carrera. Pero leía mucho historia y política, y, para el año '77, me cansé de la fisiología, de la bioquímica, porque me empezó a resultar demasiado lejana a mis intereses más palpables.

E. V. — *¿Entró en la Universidad de Buenos Aires a estudiar historia en el '77, en plena época militar?*

H. T. — En plena dictadura. En ese momento, Filosofía y Letras estaba en la calle Independencia, donde ahora está la carrera de Psicología, y era una cárcel: había que mostrar la libreta y creo que en algún momento te palpaban de armas. Estaba todo controlado. Dentro de la Universidad había, por supuesto, policías de civil. Me acuerdo de que yo frecuentaba una biblioteca popular anarquista, que era un lugar muy curioso, se llamaba *Biblioteca Popular “Amigos de la poesía”* que estaba en la casa de un viejo poeta anarco: un personaje que se llamaba Miguel Puig. Él estaba vinculado con otros poetas. A la biblioteca la frecuentaba un hombre de la academia, Ángel Battistessa. Curiosamente, conocí a Battistessa en un lugar si se quiere marginal, anarquista. Y Battistessa me dijo “Ah... Usted está estudiando en Filosofía y Letras, yo voy a dar una conferencia”. Y si bien a mí no me interesaba ni la poesía de Battistessa, ni la crítica, ni la persona, fui al salón de conferencias —es que cuando uno tiene 18, 19, 20 años es una esponja que quiere absorber todo y acepta todas las invitaciones—. Claro, era el único chico de 19, 20 años en un mundo de vejestorios, entonces los guardias se me vinieron encima como pensando “este es el infiltrado, ¿qué hace un pibe escuchando recitar al viejo Battistessa?” Ese era el clima de Filosofía y Letras en el '77, '78, '79. Horrible.

E.V. — *Frecuentaba la feria de libros del Parque Rivadavia*

H. T. — Eso fue antes y fue parte de mi socialización: la barrita de amigos, las primeras novias, los primeros puchos. De algún modo el pasaje del mundo de las revistas al mundo del libro fue el Parque Rivadavia. El Parque Rivadavia, en ese momento, era solamente la Feria de domingos. Era un lugar interesante, con puestos de libros antiguos. Después se convirtió en lo que es hoy: una feria de libros robados, de videos porno, de cualquier cosa:

un mamarracho. Sigo yendo por nostalgia una o dos veces por año. Pero antes iba religiosamente todos los domingos. Era mi misa laica e iba ahí más o menos desde los 15 años. Primero para comprar revistas, pero esa feria fue el pasaje de las revistas a los libros. Como yo iba a un colegio de curas que estaba totalmente ajeno a la vida política, a la vida cultural, a la vida social, a la vida sexual, porque el colegio era como una suerte de monasterio: el parque del domingo era todo lo contrario. Era el colegio “San Francisco de Sales”, en Hipólito Yrigoyen y Yapeyú. Un horror. La militancia y el ingreso a la universidad fue una salida de ese monasterio y un disfrute muy grande, a pesar de que me tocaron años bravos, ¿no? Pero, aun así, bueno, fueron años de descubrimiento, de crecimiento, de nuevas sociabilidades, de recambio de amigos...

E.V. — *¿Cuál es la relación entre el Parque Rivadavia y la militancia?*

H. T. — Claro, claro, lo del Parque viene por esto: porque vos decís, ¿cómo un chico de colegio de curas se conecta con un grupo troskista? Yo era ateo, leía a Nietzsche y era muy antiperonista como mi viejo. Pero, bueno, refrendé mi antiperonismo con otros valores, con otros argumentos. Sigo siendo muy antiperonista. Entonces, ese camino estaba bloqueado: yo a Montoneros no iba a ir, era algo inviable para mí. Y en el Parque Rivadavia compré un periódico que se llamaba *Política obrera*, adonde había justamente una crítica por la izquierda al gobierno de Perón y de Isabel Perón. Ese era un modo de ser marxista, de ser troskista, o sea, estar a la altura de los tiempos y refrendar el antiperonismo: porque mi recuerdo de esos años '74 o '75, sobre todo del '75, es horroroso, o sea, es equivalente al de la dictadura. En el '74, compro ese periódico y me suscribo. Eran métodos inusuales y yo era un adolescente... del que hoy se hubiera dicho que era un *nerd*, aunque yo no era tecnológico. Y mandé una carta para suscribirme. Había una casilla de correo y mandé un dinero en un sobre y, claro, los militantes se morían de risa: ¿A quién se le ocurre mandar una carta? Pero, ¿qué pasó? En el '74 vino la represión. Estos chicos que iban a *piquetear* el periódico, como se decía en la jerga de la época...eran piquetes anteriores a los del 2001, y a mí me interesó. Entonces me inscribí y, en determinado momento, me llamaron e ingresé en este grupo trosko, que era una organización estudiantil que se llamaba TERS (Tendencia estudiantil revolucionaria socialista) y el partido al que estaba ligado, del que era una especie de apéndice, se llamaba Política Obrera, que era lo que hoy es el Partido Obrero. Bueno, yo estuve dos años ahí, nada más. Pero justamente esos dos años tienen que ver con la historia que a ustedes les interesa. Porque, como yo estaba ingresando a Medicina, me asignaron Medicina como lugar de militancia. Y a fines del '75 caí preso. Por suerte fue en el '75 y no en el '76. Eso fue lo que permitió que algunos militantes siguieran. Me levantó un auto de civil, pero eran policías que cayeron a abortar una asamblea estudiantil: me agarraron el documento y me llevaron. Y entonces, varios asambleístas siguieron el auto y ubicaron que a mí y a otros chicos nos habían detenido en la Comisaría 19. Y eso salió en el diario. Salió en *Crónica* a la mañana siguiente, o sea, la detención se blanqueó enseguida. Resulta que los chicos que cayeron conmigo eran de un origen muy plebeyo. Yo era el

único blanquito, clase media, hijo de médico y gracias a eso no me cagaron a palos. A los otros les dieron unos cuantos golpes en la Comisaría, que hoy parecen una tontería por comparación con las torturas que ya existían y que se potenciaron después. Pero igual la pasaron muy mal: éramos todos muy jovencitos y fue un susto tremendo. Ellos dejaron la militancia: uno era hijo de un albañil que era azulejero. Y para mí fue una lección política extraordinaria eso de ver que había un señor, que comandaba los golpes, las torturas y los interrogatorios: era el subcomisario Larroca. Nunca me ocupé de averiguar qué fue de la vida de ese señor. Un gran hijo de puta. Y bueno, mi viejo movió contactos: por una casualidad absoluta, conocía a un secretario de un juez de menores. La cosa es que llegó a la comisaría con esa referencia y me llamaron, y ahí estaba mi viejo, y mi vieja que había traído “sandwichitos” para mí y los otros presos. Y este Larroca se largó con una filípica acerca de que, si yo era de izquierda que me fuera a vivir a Cuba, y a mi viejo le dijo: “No me gusta su hijo”. Mi viejo estaba con bronca y después me dijo: “Lo que no te voy a perdonar no es que hayas caído preso, es que me haya tenido que aguantar a ese hijo de puta”. O sea, los viejos me bancaron pese a que estaban asustados, lógicamente. Esto viene a cuento de que a mí me habían sacado fotos de frente, de perfil y de espaldas, hasta de espaldas, me sorprendió. Me habían hecho *tocar el pianito* y, por supuesto, amenazas de todo tipo. Y esto fue una marca para los años del proceso, porque dos por tres uno estaba en un bar y caía el maldito comando con este sistema: te pedían el documento y chequeaban en el patrullero si tenías antecedentes. Entonces, como esto me pasó varias veces, cada vez que me paraban y se iban al patrullero con el documento, yo temblaba como una hoja. Pero, al mismo tiempo, seguíamos con nuestra vida militante, con nuestra vida cultural, con los estudios. ¿Qué iba a hacer? Yo era muy chico para exiliarme y no estaba en una organización de exiliados. O sea, en esta organización, salvo los dirigentes, nadie se exiliaba, y, además, estuve poco tiempo ahí.

Andrea Vilariño — *¿En qué circunstancias se produjo el episodio del entierro de los 44 tomos de las obras de Lenin?*

H. T. — La historia es que, junto con un amigo que se llama Horacio García, coprotagonista y casi protagonista de esa historia —que no es el mismo Horacio García de editorial Catálogos, sino un librero—, habíamos abierto ese puesto de libros en Parque Rivadavia. Con él, ingresamos juntos a esta organización estudiantil y, digamos, que empezamos a reunir documentación, primero para nuestra propia formación. Era un momento en que uno iba a las librerías de la calle Corrientes, donde, por ejemplo, había abierto la librería *Hernández*, donde estaba *Fausto*, y ahí se encontraba una cantidad de literatura política extraordinaria. A medida que se acercaba el golpe militar, cuando ya el Golpe era cantado (lo anunciaban los diarios, lo anunciaba *La Razón*), esos libros se abarataban, porque los libreros entendían que venía un período en el que esos libros no se iban a poder vender. Entonces, me acuerdo de que, en una librería muy grande, que ya no existe, que se llamaba Editorial Mercurio y estaba en Corrientes, entre Callao y Rodríguez

Peña, se vendían a un precio absurdo los 44 tomos de las obras de Lenin de la editorial *Cartago*. Y ese precio iba siendo cada vez más absurdo, a medida que pasaban los días de marzo del '76. Lo iban bajando porque se los querían sacar de encima. Entonces, con este amigo, dijimos “Bueno, los compramos, pero ¿dónde lo ponemos?”, porque nosotros ya teníamos el problema de haber acopiado libros de Marx, de Engels, de Trotsky. Pero cuarenta y cuatro tomos, en aquel momento, ante el riesgo de que viniera la policía a nuestras casas, como era muy común, y revisara las bibliotecas... Bueno, visto en perspectiva, apelábamos a recursos absolutamente ingenuos como por ejemplo forrábamos los libros políticos, o dábamos vuelta la sobrecubierta para que quedara en blanco. En realidad, era más visible. La policía sabía eso perfectamente e identificaba los libros políticos. Se los llevaban e incluso después los vendían: ¡la propia policía, eh! Bueno, teníamos *El Capital*, de Marx, en la edición de Fondo de Cultura, una edición de tapas duras. Teníamos la intención de abordar la lectura y, en esos años de vértigo, había sido imposible. Después, los años de la dictadura sí me permitieron abocarme a la lectura de *El Capital* con todo el tiempo que requería. Entonces lo enterré en el fondo de mi casa. Yo vivía en una casa en Floresta con un jardín atrás. Como había sido pequeño librero, o sea, tenía algún conocimiento de la guarda, del cuidado: lo envolví en un montón de nylon, y en una y otra caja de cartón y enterré *El Capital*. Y algunas cosas más, pero, sobre todo, ahí lo valioso era *El Capital*. Y lo enterré y al poco tiempo creció el pasto. Mis viejos lo bancaban..., pero 44 tomos ocupaban..., digamos dos cajas, dos bolsos muy grandes. Entonces, con mi amigo tocayo, Horacio, tomamos una decisión insólita que fue comprar los tomos de Lenin y trasladarlos a una quinta que tenían los padres de él (creo que, por Ituzaingó, era zona oeste). Nosotros no teníamos auto. Esto implicaba llevarlos en tren hasta la quinta, hacer un pozo muy grande porque, digo, para los tres tomos de *El Capital* con un pocito alcanzaba... (no los pusimos a una gran profundidad), pero esto implicaba un trabajo de pala, riesgo de que los vecinos vieran a dos chicos jóvenes haciendo cosas raras. Y bueno, esa es la historia. Los compramos porque dijimos: “Cuándo vamos a conseguir, si se produce el golpe, las obras de Lenin. ¿En qué biblioteca, en qué lugar, íbamos a poder leer...?”. Y para nosotros eso era un tesoro de sabiduría política, revolucionaria: los compramos por muy poco. Llevamos dos grandes bolsos y, en el contexto del golpe –yo no me acuerdo si era el mismo día del golpe o un día antes, pero ya estaba militarizado el país– cometimos la increíble imprudencia de llevarlos en tren. Dijimos, bueno, cada uno va con un bolso para que no nos agarren a los dos. Eran las normas de seguridad de la época. Pero íbamos, por supuesto, en el mismo vagón. Creo que para cualquiera era evidente que éramos amigos... uno con un bolso y otro con otro. Habíamos puesto arriba alguna cosa que nada que ver. Él le había puesto una Biblia y, bueno, me dije: “Yo lo voy a dejar acá, en un costado, a unos metros. Me voy a sentar a prudente distancia. Y si suben y lo requisan, yo digo que mío no es”. Entonces lo dejo ahí, en el tren. Estábamos en Caballito y un señor empieza a decir: “¿De quién es este bolso?, ¿de quién es este bolso?”. Y ahí le tuve que decir que era mío, seguramente pálido como una hoja blanca. El tipo me dice: “Ah...,

muchacho, menos mal. Con las cosas raras que están pasando. A ver si ponían una bomba”. Así que para todo el vagón era evidente que ese bolso era mío. No tenía salvación: la Policía Militar estaba justo en Liniers, en el paso a la Provincia. Bueno, yo no sé por qué azar del destino pasamos todos esos filtros y llegamos esa mañana, ahí, a la quinta. Habíamos llevado nylon, cartones. Entonces, los armamos y los enterramos. Pero yo me tenía que volver y él, que era el dueño de casa, me dijo: “Bueno, andate, yo termino de cerrar esto y saludo a los vecinos. Para que no haya ninguna duda, les digo que estamos arreglando el jardín. Vos, volvete”. Me volví *limpio*, en la jerga de la época: me volví sin nada. Pero como estábamos en conversación con un militante de otra organización, mi amigo me dijo: “Che, mirá, este folleto se lo vamos a prestar a Juan Carlos, porque estamos discutiendo con él”. Y le digo: “Pero... ¿lo trajiste para acá y te lo vas a llevar de vuelta?”. Y él me responde: “Lo pongo adentro de la Biblia. Total, es chiquito. Lo doblo y lo pongo adentro”. Entonces yo me volví con el bolso vacío y él se volvió con un bolso casi vacío, solo tenía una Biblia y un folleto, ya no me acuerdo... creo que de Trotsky. En el viaje de vuelta consigue sentarse y ahí sí sube la policía militar y él tiene la infinita suerte de que todo el mundo estuviera viendo el operativo: ahí abre el bolso, saca el folleto de Trotsky, lo tira por la ventana y queda solamente la Biblia. Digo, si esto hubiera pasado en el viaje de ida, no tenía remedio. Pero, claro, un bolso vacío, una Biblia, un chico de 18 o 19 años, una barbita (después nos afeitamos, nos cortamos el pelo, por lo menos por un tiempo): era sospechoso. Entonces, el milico revisó la Biblia porque era inconcebible que ese chico fuera un pastor protestante, y como no encontraba ningún papel adentro, la agarró de las dos tapas y la sacudió. Casi, casi se rompe la Biblia, y ahí se quedó tranquilo y se salvó no sé si de una paliza, de la prisión. No sé a dónde hubiera llegado la represión, pero era un momento muy álgido y fue una imprudencia total. Agreguémosle a esta imprudencia el hecho de que desenterré *El Capital*, más o menos, en el '78, '79. Habíamos dejado de militar en esa organización, pero sacábamos una revistita que se llamaba *Ulises*. Y, si bien era una revista que se vendía en los quioscos, no era una revista expresamente política, era la época de *Punto de vista* y de otras revistas que se vendían en quioscos y que eran, digamos, “semilegales”. Nosotros éramos unos chicos haciendo sus primeras armas literarias. Entonces, queríamos leer lo que con tanto esfuerzo habíamos guardado. De modo que yo saqué *El Capital* por el '78, '79. Cuando se produjo el golpe, me había ido de mi casa porque estaba fichado: no se olviden que me habían ido a buscar. Una tía me había dado las llaves de un departamento, pero yo iba una vez por semana a comer a lo de mis viejos, entonces, en una de esas visitas, desentierro *El Capital* y me lo llevo a la casa de mi tía; y en el año '80, desenterramos los Lenin. El '80 era un año todavía peligroso, pero nosotros lo queríamos leer.

E.V. — *¿Cómo circulaban los libros en esos años?*

H. T. — En el año '77, con Horacio y otros amigos que me hice en Historia (porque en el '77 ingresé en la carrera de Historia) empezamos a hacer un curso sobre el Materialismo

histórico con Juan José Sebreli. Un curso que él dictaba en su casa: daba Gramsci, Escuela de Frankfurt, Sartre, Marx. Un curso que nos remitía a obras que nosotros necesitábamos leer. Lo hicimos en los '77, '78, '79, creo hasta el '80. Sebreli mismo nos prestaba sus libros. Teníamos normas de seguridad, por ejemplo, el curso era los sábados a las cinco de la tarde. Dos de nosotros teníamos que llegar cinco menos diez, otros dos cinco menos cinco, otros dos a las cinco, otros cinco y cinco. Además, forrábamos los libros, los sacábamos forrados. En el curso se daba Gramsci (Gramsci no formaba parte del universo militante de los troskos): entonces, salíamos a buscar libros de Gramsci. Y ese es otro capítulo interesante, porque había que hacerse amigo de los libreros para que confiaran y nos vendieran libros políticos. Probablemente, lo que más les puede interesar de esta historia es el depósito de libros políticos de *Hernández*. La librería *Hernández* había sido clausurada por la policía. Hernández, el dueño de la librería, no llegó a caer preso, pero sí su yerno. La librería estuvo cerrada un tiempo, pero tampoco es que la cerraron con una faja. Lo que fajaron fue el depósito. Entonces tomaron la decisión de reabrir la librería, pero por supuesto sacaron todos los libros políticos. Se vendía literatura, libros de texto, todo de lo más inofensivo. Los libros políticos, que ellos mismos expurgaron, estaban en una oficina y los libros propiamente marxistas estaban en un sótano, que es tan grande como la superficie de la librería *Hernández*. Yo visitaba la librería buscando algún libro que se hubiera perdido o traspapelado. Por ejemplo, en la sección religión, que nadie hubiera expurgado, podía haber un libro que se llamara *Marxismo y religión*, como podrían estar los textos de, no sé, Marx: *La cuestión judía*, o *Las maniobras del Vaticano*, de Gramsci. O sea, había secciones en antropología o en historia a donde se podía filtrar un título de la Escuela de Frankfurt. Un libro del Che Guevara era inconseguible, pero, digamos, un libro que se llamara *Dialéctica histórica*, al librero se le podía escapar y a la policía también. Entonces, empezamos a comprar esa literatura que estaba en el límite y nos empezamos a hacer amigos de libreros. La encargada de renovar el *stock* de la librería era una señora que se llamaba Yolanda. Era muy simpática y prácticamente vivía en la librería con un gato viejo que dormía arriba de los libros. Ella era obesa (debía pesar 150 kilos) y era una persona entrañable, y siempre me separaba algún libro y me lo regalaba. No me lo vendía. Me lo regalaba. Me regaló, me acuerdo, *El sobrino de Ramón*. En poco tiempo le empecé a decir: “Yolanda... alguna obra, no sé, de Rosa Luxemburg. Alguna cosa de Gramsci”. Entonces me dijo: “Todo eso está en el depósito. Si pudiéramos llegar al depósito, pero...”. Yo la visitaba, nos íbamos a tomar un café a La Martona y charlábamos. Un día me dijo: “Baja cinco minutos. Agarrate una pila de cosas rápido. Las envolvemos acá y te las llevas. Te pongo un precio, rápido”. Y me dejó bajar al depósito. Eso para mí era un momento de éxtasis bibliográfico y político, porque Hernández, que era un tipo muy particular, tenía arreglos con los pequeños editores, con José Luis Mangieri, de *La rosa blindada*, con Carlos Pérez, de *Ediciones Cepe* y les compraba, digamos, la mitad de la edición o un tercio de la edición, o sea, si se hacía un tiraje de 3000 ejemplares Hernández compraba 1000 o 2000. Entre esa librería y otra que tenía en la calle Córdoba y alguna cosa que

revendería al interior, agotaba las ediciones. Él las pagaba con cheques a 30, 60 y 90 días. Esto me lo contó Mangieri, después. Compraba con un descuento del 60%, a precio de venta. Entonces había tirajes enteros. Cuando bajé al sótano, estaban Trotsky, Mao Tse Tung, Che Guevara. Era un polvorín bibliográfico. Yo buscaba desesperado porque Yolanda me había dicho “cinco minutos”, y yo agarraba uno de cada una de esas pilas enormes. Me acuerdo de que me llamó: “Horacio, subí, subí, que lo volvemos a cerrar”. Y bueno, me puso un precio político. Me los vendió baratos. Compartí esa literatura con mis amigos. Después, cada tanto, me dejaba bajar: yo era *el loco de los libros del depósito*. Ese depósito se abrió a la venta para fines del '83. O sea, la policía lo había fajado, pero ¿qué pasó? Era una faja de papel y con el tiempo, como la faja se rompió, ellos dijeron: “Bueno, no la rompimos nosotros”. Yo creo que entraron con la intención de contabilizar y era imposible contabilizar. Digamos, era tener que poner ahí, no sé, durante un año dos policías con una máquina de escribir, era inviable. Dijeron: “Esto es imposible”. Y no se los llevaron. No los quemaron. Bueno, eso fue lo que pasó. Así que ese depósito alimentó a la nueva generación que en los años '83, '84, '85 se lanzaba a la política. Digamos post-Malvinas, cuando ya era posible acceder otra vez a esa literatura, yo me dediqué a ponerla en circulación.

E.V. — *Pero ¿se los llevaba a su departamento? Porque... tuvo un puesto de libros también, ¿no?*

H. T. — Sí, claro. Ya en ese momento alquilaba un departamento en Montevideo, entre Corrientes y Lavalle. Lo alquilé con la primera pareja con la que conviví y me los llevaba a mi departamento. Por 1980, yo vivía de vender libros en un puestito de Plaza Lavalle. La historia es así: yo había empezado con un puestito de venta de revistas a los 15 años en el Parque Rivadavia que era más un *hobby*, después se transformó en un puesto de venta de libros. Como ponía mucho empeño en conseguir buenas cosas recorriendo los depósitos de las librerías, ese ingreso de los domingos, al principio, cuando vivía con mis viejos, me permitía vivir. Podríamos decir que en el año '80 me profesionalizo un poco más, porque un viejo librero, que justamente conocía del Parque Rivadavia, tenía dos puestos en Plaza Lavalle y los puso en venta. Esos puestos eran un poco más profesionales: en ese momento, eran puestos metálicos que se abrían durante la semana, de lunes a viernes, de 10 de la mañana a 6 de la tarde. Yo no tenía dinero para comprarlos, pero como me conocía y tenía confianza me dijo: “Mirá, yo te los doy y me vas pagando sobre la venta. Me los pagás en un año, tanta plata por mes”. Como yo confiaba en mi capacidad de librero, y en Parque Rivadavia era asaltado por la policía que nos quería cerrar, me dije “Bueno, me paso a Plaza Lavalle”. Fue entonces cuando tuve un puesto visible con libros de literatura y ensayos inofensivos, y, en la parte de abajo, el puesto tenía un sitio invisible con literatura política. Se preguntarán de dónde sacaba esos libros en plena dictadura. Había múltiples recursos. Uno fue el siguiente: la Facultad de Filosofía y Letras, hasta el año '75, estaba en lo que hoy es la Plaza Houssay. Las librerías de esa periferia vendían libros de filosofía, de

política, de historia. Como Filosofía y Letras se fue de ahí, y, para peor, en seguida vino el golpe, esos *stocks* quedaron en depósitos. Entonces yo me fui una por una a todas las librerías de la zona de Medicina y le decía al dueño: “Soy librero, me interesan los libros de historia, de política...” Había que ir una vez, dos veces, tres, cuatro, para que el tipo aceptara que bajés al depósito, porque en el depósito no había libros de historia sino libros políticos. Me acuerdo de un hallazgo: una cantidad de ejemplares de *Cuadernos de Pasado y Presente* en una librería de Medicina. Los compraba al por mayor, porque, digamos, así los había comprado ese señor, con precio de mayorista: él los tenía de clavo, era un riesgo venderlos, y me los vendía. Yo no podía exhibir un *Cuaderno de Pasado y Presente*. Podía exhibir alguno que tuviera un título inocente. Me acuerdo de que exhibía *Elogio de la antropología* de Lévy-Strauss. Y si alguien picaba y compraba ese libro, yo le decía: “¿Le interesa *Cuadernos de Pasado y Presente*?”, y si me miraba como diciendo “De qué me estás hablando”, es porque le interesaba la antropología a secas. Ahora, si me decía: “¿Qué tenés de *Pasado y Presente*?”, se entablaba un diálogo de otro orden y yo sacaba lo que tenía abajo o traía lo que guardaba en casa.

E. V. — ¿“Abajo” era en la misma estructura del puesto metálico?

H. T. — Sí, en la misma estructura, pero cerrado con unas puertas metálicas. Ahora, yo hacía esto como una especie de militancia inorgánica libertaria, porque ya no estaba en ninguna organización política, era un independiente. Había un riesgo, pero no lo vivíamos como un riesgo, no. Yo no sé si lo pensábamos, digamos que con el episodio de haber llevado los libros de Lenin a la provincia... y con lo que sucedió a la vuelta, nos dimos cuenta de que era una locura. Pero igualmente era nuestra vida: yo era librero, era lector, era como un joven intelectual, editaba revistas y esto formaba parte de nuestro quehacer. Entonces, en esos años tomó contacto conmigo toda una red de gente que me decía: “Vengo de parte de fulano, vengo de parte de mengano, sé que vos le vendiste unos libros de economía, de filosofía...”. O sea, no se decía abiertamente: “Vendeme un libro de Trotsky o del Che”. Y eso funcionó durante dos o tres años. En el '82, después de Malvinas, con mi pareja de entonces, Laura Klein, y con una pareja de amigos, Silvia Álvarez y Ricardo Ruiz, abrimos una librería que se llamó “Librería del humanista”. La tuvimos un par de años: 1982-1983. Eso fue en Rodríguez Peña, entre Corrientes y Lavalle, a metros de donde está ahora *Corregidor*. Era un local que tenía una trastienda gigante en la que organizábamos cursos, actividades culturales. Pero ahí sí, digamos, asumimos el riesgo de vender libros políticos desde el día en que se abrió, porque se había terminado la Guerra de Malvinas. Con la derrota de Malvinas, los militares ya no tenían el mismo celo punitivo, no estaban dadas las condiciones. Podrían haber cerrado la librería, podría haber venido a joder un inspector, digo, podría haber sucedido, pero no sucedió. Nosotros le pusimos “Librería del humanista”, hicimos una presentación en sociedad que se llenó de gente, con una mesa redonda en la que estuvieron Carlos Brocato, Juan José Sebreli y Beatriz Sarlo. El tema era justamente: la cultura, la literatura, la censura, el proceso. Los otros librereros

todavía no habían abierto esos depósitos, salvo estas ventas que yo hacía. Ahí me hice muchos amigos, porque mucha gente de la nueva generación, o de la vieja que había perdido sus libros, me venía a ver: gente que volvía del exilio o gente que había salido de la cárcel, gente que nacía a la vida político-intelectual en esos años. Y toda esa clientela política y amistosa pasó a la “Librería del humanista”. Entonces, había ahí un circuito intenso y las ventas se potenciaban. Digamos, la circulación era mayor: venían a comprar librerías del interior. Me acuerdo de que una vez tomé contacto con el gerente de *Planeta*. En la primera década del '70, *Planeta* editaba libros políticos que dejó de editar en el '76, y no los tuvo en venta. Entonces le dije: “¿No me dejás bajar al depósito?”. Era un depósito gigantesco, porque además *Planeta* había absorbido la editorial *Ariel*, varias editoriales españolas y tenía un depósito gigantesco de libros políticos. Esto fue inmediatamente antes de abrir la librería, estábamos en plena guerra de Malvinas, y le dije: “Dejámelo pagar en cuotas y te lo compro todo”. Estamos hablando de decenas de miles de libros, o sea, un volumen importante. Lamentablemente, no guardo la papelería, pero algunas cosas quedan: todavía tengo el listado de los libros que vendía en la feria de Plaza Lavalle. Conservo uno de los listados: los hacía a máquina y los fotoduplicaba. Me acuerdo, por ejemplo, de que había como 300 ejemplares de la edición de *Planeta* de Trotsky de 1905; había como cincuenta o cien Karl Korsch sobre Marx. Podría hacer una lista larga. Todo eso volaba en esos años, en la segunda mitad del '82, '83. Después me cansé de la librería. Era un trabajo: en el puesto uno podía no laburar un día, llegar más tarde... La librería estaba atada a horarios, papeles, inspecciones, pagos, créditos, así que la vendí. Con ese dinero me fui a Europa dos meses: dos meses que fueron años porque fueron muy intensos, y ahí empezó otra historia: vuelvo con el proyecto de crear una editorial, que fue *El cielo por asalto*. Tomé contacto con autores, traje mucha literatura en francés, en español también, porque estuve un mes en España. Pero, bueno, eso ya es la historia en plena democracia. Los años de la dictadura, para mí, fueron años de angustia y de miedo, porque estaba marcado, porque todo lo que hacía, los cursos, todo eso tenía riesgo. Pero nosotros, no sé, minimizábamos ese riesgo.

E.V. — *Pero lo conocían.*

H. T. — Sí, absolutamente. Yo era una persona politizada, sabía que había desaparecidos y también presos, porque eran mis propios compañeros y amigos. Nos pasaban rozando un montón de cosas. Es raro: ¿vivíamos con miedo? Y, sí, vivíamos con miedo. ¿Y por qué seguíamos haciendo esto? Y, porque era nuestra vida. No lo vivíamos como algo heroico, ni tampoco lo cuento como algo heroico: al lado de la gente que...

E.V. — *Eso queda claro porque, públicamente, casi no lo había contado, ¿no?*⁵

⁵ N. de la E.: Posteriormente, Horacio Tarcus recordó que había relatado buena parte de la historia del ocultamiento de libros en las entrevistas que le hicieron, por un lado, la escritora María Moreno, publicada con el título “Era insoportable saber, pero sabíamos”, en: <https://www.pagina12.com.ar/2001/suple/Libros/01->

H. T. — Y... es que son pequeñas escenas de riesgo en condiciones de predictadura y dictadura que, claro, comparadas con la gente que detuvieron, que se escapó de un campo de concentración, que resistió la tortura: esto es una tontería. Pero hace a nuestra vida cultural, a cómo vive una generación que no se resigna a lo que le ofrece la universidad en ese momento, que era muy pobre, muy triste, era muy mala la educación. No hablo de la enseñanza de la medicina, porque no lo podría juzgar, pero la carrera de Historia, en los años '77, '78, era un horror, era pésima, era un nivel bajísimo. Por eso nosotros buscamos nuestra literatura y nos “armamos nuestra universidad” con los cursos de Sebrelí, Beatriz Sarlo. Mi pareja, Laura, cursaba con Beatriz, veían a los formalistas rusos, vieron Barthes. Yo no iba a los cursos de Beatriz, pero leía toda esa literatura, la iba a buscar a Laura y discutíamos con Beatriz. También le pedimos al viejo Alfredo Llanos, un filósofo que habían echado de la universidad, discípulo de Carlos Astrada, que nos dé unos cursos de filosofía. Lo fui a ver a Jorge Schwartz para que nos organizara un grupo de lectura de *El Capital*, y todos aceptaron. Algunos no cobraban o cobraban un dinero totalmente simbólico. Nicolás Rosa: hicimos con Nicolás un grupo de lectura, veíamos Barthes y textos de crítica...

E.V. — *Sí, se hacía constantemente, fuera de las aulas.*

H. T. — Claro, claro. La gente en Psicología hacía los grupos privados de Freud, después los de Lacan...

E.V. — *Antes había dicho que la gente que se quería deshacer de los libros se los llevaba.*

H. T. — Sí. Y sí, sí. Porque eso es como la prehistoria del CeDinCi. En ese contexto, por un lado, yo enterraba los libros, y, por otro lado, alguien me decía: “Mirá, yo los voy a tirar, los voy a dejar en la calle”. Y yo les decía: “No, mirá, dámelos a mí”. Y entonces ahí había colecciones de periódicos...

E.V. — *Lo ponían en riesgo...*

H. T. — Y sí, me ponía en riesgo, pero yo estaba dispuesto a ver el modo de guardar eso. Porque la vocación del historiador que quiere documentar y que por lo tanto quiere guardar esos documentos, empieza ahí, con el Golpe. Por ejemplo, con mis escasos recursos, yo empiezo a comprar las revistas que salían. Como editaba revistas, a algunas las intercambiaba. Compraba dos diarios, y con mi pareja, Laura, o con mi grupo de amigos llevábamos un archivo de recortes. Algunas cosas las guardábamos completas y otras como recortes, porque queríamos documentar lo que fue la dictadura con la idea, no sé, de hacer

algún libro... Por el '77 o '78, conocí a Carlos Alberto Brocato,⁶ él había hecho, por su cuenta, una cosa similar. Entonces, cuando nos encontramos y descubrimos que estábamos haciendo lo mismo, me dijo: “Bueno, esto lo estás haciendo vos... yo te lo doy”. Entonces me regaló todos sus recortes. Ahí se empezó a armar un archivo de la dictadura. ¿Qué era un archivo de la dictadura? Eran sobres temáticos y sobres por autor a donde guardábamos todas las declaraciones que hacían funcionarios, intelectuales, políticos. Eso hoy está en el CeDinCi, la gente lo consulta. También las cosas que decía el Turco Asís⁷ minimizando la represión, diciendo que acá no había ningún genocidio cultural, que la cultura seguía funcionando normalmente... ¿no?, respondiéndole a Cortázar. O sea, guardábamos todo lo que pudiéramos encontrar de Cortázar, algún ejemplar que pudiera venir de *El País*, de España, era buscadísimo. Blas Matamoro le mandaba a Sebreli *El País*, y Sebreli nos pasaba a nosotros los suplementos. Era un circuito interesante, porque los mayores tenían contacto con los exiliados, yo todavía no. Entonces la historia era que venía alguien con una colección de periódicos: alguien se había muerto, se había exiliado, había quedado la biblioteca. Entonces empecé a reunir ese material con la idea, por un lado, de estudiar, de formarme como un historiador marxista, y, por otro lado, juntaba material de lo que se editaba acá. Sí, nos interesaba Chile, nos interesaba Cuba, Uruguay; pero yo tenía mi foco en Argentina, en documentar qué pasaba bajo la dictadura, por eso empecé a juntar diarios y revistas. Por ejemplo, la colección de revistas culturales que salían bajo la dictadura, algunas más *under*, otras más profesionales, como *Punto de vista*, es hoy algo muy consultado en el CeDinCi, y era esa mi colección personal.

E. V. — *Bueno, con Patricia Somoza, consultamos ahí la revista Los Libros para una investigación de la UNMdP, y después escribimos el prólogo a la edición facsimilar de la Biblioteca Nacional. Pero empezamos a leer la revista en el CeDinCi.*

H. T. — Sí, sí, sí, claro. Nosotros teníamos esas famosas colecciones completas. Yo juntaba las de esos años y juntaba hacia atrás. Por ejemplo, en Hernández, había algunos ejemplares de la revista *Los Libros*, que yo compré ahí, y en algún momento le pedí a Beatriz (Sarlo) o a Carlos Altamirano: “Che, me falta tal número”, o a Piglia, le digo: “Ayúdame a completar”. Lo que pasa es que eran revistas riesgosas para guardar en esos años y a veces los propios editores no las conservaban. Nosotros armamos ahí unas colecciones, probablemente, las más completas que tiene el país, y que no tiene ni Filosofía y Letras ni la Biblioteca Nacional ni la Biblioteca del Congreso. Después empecé a ir hacia atrás, digamos: década del '60, del '70, y empecé a buscar las revistas del '50, y después las revistas de la vanguardia, las revistas del modernismo... Bueno, fue creciendo. Digamos, la voluntad de archivar tenía que ver con una voluntad de documentar lo que era esa

⁶ N. de E: “Poeta, ensayista, que había estado en el PC y lo habían echado con *La rosa blindada*, y había ingresado al PCT, al Partido Trotskista Nahuel Moreno, y se había alejado...”, aclara Tarcus.

⁷ N. de E.: Jorge Asís, apodado *el Turco*.

represión, en todos los aspectos. En principio, buscábamos “todo”. Después me fui como concentrando en lo que era la represión en el ámbito de la cultura. Pero, en el primer momento, toda información era relevante. Por ejemplo, guardamos los documentos que emitían los organismos de derechos humanos: todavía están. A veces los propios organismos no los tienen, porque eran unos folletitos, unos volantitos efímeros que se repartían en el momento, se mandaban a la prensa. Y nosotros, como éramos un grupito de independientes nos vinculamos a familiares, a las Abuelas, a las Madres, y empezamos a ir a las Marchas de la resistencia. Nuestro grupo, que no tenía nombre, era un grupito informal. Los que montamos la librería en el '82 éramos los que le hacíamos el aguante a las Madres y nos quedábamos toda la noche en la Marcha de la resistencia. Nos quedábamos hasta la madrugada en que venía el relevo, aunque nadie sabía el apellido de nadie todavía en esos años: de ahí viene el Tarcus, de esos años.

E. V. — *Justamente le iba a preguntar por Paglione, por Horacio Paglione.*

H. T. — Claro, ahí todos nos conocíamos, y entonces nos repartíamos actividades. Por ejemplo, en el '82, en pleno proceso, le pedimos a varios poetas algún poema que tuviera que ver con la situación, con la libertad, con la represión, y editamos un librito que se llamó... creo que *62 poetas por la vida y la libertad*. Hicimos un montón de actividades de este tipo. Y lo de Tarcus fue, digamos, algo azaroso, porque en el '77 me decidí a hacer una revista cultural, una más de las revistas que salían en esos años, y bueno, yo había caído en cana, estaba fichado, y a veces la imprenta o a veces el quiosquero se fijaba que la revista tuviera una inscripción legal. Quizás un exceso de celo de nuestra parte. Entonces, nosotros sacábamos un registro de propiedad intelectual e hicimos todos los trámites, y uno de nosotros, Horacio García —el que enterró conmigo los tomos de Lenin y otras cosas— apareció como responsable legal. Y yo tenía que ponerme un nombre ficticio, así que elegí uno a partir de una broma, porque jamás pensé que me iba a quedar el *Tarcus*. En esos años, tenía un amigo, Marcelo Corres, que estudiaba derecho y escribía novelas, aunque no sé si publicó, pero en una de esas novelas aparecíamos todos sus amigos con otros nombres, pero éramos muy fácilmente reconocibles, y a mí me había puesto “Tarcus”, era un personaje que hablaba como yo... que discutía... que juntaba libros, hiperpoliticado. En esos años, escuchábamos mucho Emerson Lake & Palmer, porque había un disco de Emerson que se llamaba “Tarkus”. Cuando yo leí el manuscrito de la novela, le dije: “Che, ese soy yo, ¿no?”. Y me dijo: “No, nada que ver”, y se reía. Bueno, entonces bromeábamos con el Tarcus. Por eso me puse “Tarcus” en la revista que imprimimos y cuando lo vi a Marcelo le regalé un ejemplar, le dije: “Mirá, Tarcus existe”. Y me quedó, porque en ese mismo año, a fines del '77, en el sótano de la librería de la calle Montevideo, el actor Iván Grondona hizo un encuentro de revistas culturales, y eran todas revistas semiclandestinas. Ahí aparecieron Sarlo y Altamirano con su *Punto de vista*, apareció gente del *Escarabajo*,⁸

⁸ N. de E.: Las revistas *el Escarabajo de Oro* (1961-1974) y *El Ornitorrinco* (1977-1987) fueron dirigidas por Abelardo Castillo y Liliana Hecker.

que pronto iba a ser *El Ornitorrinco*, creo que Bernardo Jobson fue a alguna, también fue Liliana Hecker,⁹ a Abelardo no lo recuerdo ahí. Y había un personaje, Hugo Salerno, que había sacado una revista que llamó *La luna que se cortó con la botella*: tengo un recuerdo bastante vívido de él, era un Artaud de barrio, un Artaud descubierto en un disco de Spinetta y [se ríe] mal transcripto o manuscrito o escrito a máquina en una de estas revistas. Y fueron chicos que sacaban revistas *under*, a las que hoy las llamaríamos *fanzines*. Unos chicos muy simpáticos que después los perdí de vista, pero generábamos muchas redes sociales.

E. V. — *Nosotros entrevistamos a Omar Cao, un poeta del conurbano que estaba en el grupo de La luna que se cortó con la botella.*

H. T. — Cao. Me acuerdo, sí. Eran geniales esos surrealistas de barrio. Y por otro lado un viejo, muy buen tipo, Ciechanover,¹⁰ que hacía una revista como del realismo comunista: entre Boedo, el arrabal y el realismo. Una revista que se llamaba *Oeste*. Y ahí por supuesto armábamos discusiones, estaban los maoístas de la revista *Nudos*, Jorge Brega... Bueno, esa fue mi presentación en sociedad. O sea, yo salí de las catacumbas de un grupo clandestino, pequeño, *trosko*, y de pronto saco una revista y están ahí los que para mí eran los monstruos de las revistas de los '70: *El Escarabajo*, *Punta de vista*, *Los herederos de los libros*. Entonces yo fui con mi revistita y me presenté: “Yo soy Tarcus”, ¿qué iba a decir?, Paglione era un nombre que no le decía nada a nadie. Yo, ahí, era Tarcus. Y entonces yo les entregaba mi ejemplar de *Ulises*, y ellos, en reciprocidad, me daban *Punto de vista* o *El Escarabajo*. Después empezamos a asistir a los grupos de estudio, y en los grupos de estudio yo era Tarcus, porque no sabíamos el apellido de los demás. Pero yo era un tipo un poquitín más público por todas estas cosas que hacía, por esta locura de conseguir libros, de venderlos, ponerlos en circulación, de organizar grupos de estudio. Y después empecé a dictar algunos yo, a partir del '80, '81, a organizar grupos de lectura y de estudio. Yo era un poco el que contactaba: a Llanos, a Schvartzer. Llegar a un profesor que había quedado fuera de la universidad no era fácil. Había que preguntarle a un librero que me mandaba a otra persona que me decía: “Mirá, tengo un teléfono... no sé si funciona”. Por supuesto no había e-mail, no había WhatsApp, había que llamar a un teléfono con mucha delicadeza y que el tipo confiara. Porque vos le decís a un tipo, expulsado de la universidad: “Profesor, quiero estudiar con usted” y podía ser un riesgo. Pero, igualmente te abría la puerta de la casa, te ofrecía un curso. Para los viejos expulsados de la Facultad era un llamado vital, porque ya no volvían a la Universidad, ya estaban muy grandes. Bueno, un poco es esa la historia.

A. V — *Con la copia de libros, ¿había algún tipo de precaución?, ¿los resguardaba en su casa o en el puesto...?*

⁹ N. de E.: Ambos, Bernardo Jobson y Liliana Heker, por *El Ornitorrinco*.

¹⁰ N. de E. David Ciechanover.

H. T. — En el puesto no estaban visibles, yo llevaba, no sé, 20 libros prohibidos sobre 200, digamos. Y la fantasía era que si alguien te objetaba algo de lo que tenías, pensabas decirle: “Mire, los acabo de comprar, y están mezclados, yo no me dedico a libros políticos”. En determinado momento, enterré y desenterré libros y los libros políticos estaban en casa y, bueno, si me venían a buscar...

E. V. — *A aquellos libros, ¿los tiene todavía acá, en su casa?*

H. T. — Sí, sí, sí. Los de Lenin están acá, se salvaron, los guardamos muy bien. Todo eso está. El listado ese que yo hacía para no tenerlos conmigo funcionó muy bien. Pero una vez me jugó una mala pasada porque me confundí: como el puesto de libros estaba enfrente de los tribunales, venía un abogado que era de izquierda (un abogado althusseriano al que yo le conseguía libros de Althusser, que eran muy raros de encontrar, o de Badiou o de Balibar). Era, me acuerdo, un tipo con el pelo engominado hacia atrás y unos anteojos “culo de botella”, al que había visto un par de veces. Si bien yo soy muy fisonomista, una vez vino un señor engominado con unos anteojos “culo de botella” y yo ahí cometí la imprudencia de decirle: “Mire, hice un listado de libros que tengo en casa, si le interesa marcar alguno..., no los tengo acá pero se los traigo”. El tipo lo recibe en silencio, lo mira y me dice: “Escúcheme, usted me está confundiendo con alguien. Yo soy inspector de la Municipalidad”. Y agregó: “Pero quédese tranquilo, esto es muy buena literatura. Cuídese.” Y se fue. No sé quién es, no sé cómo se llamaba, pero ese fue un momento tenso, digamos, porque era plena dictadura: '80, '81. Era feo, pero bueno, eran riesgos..., si se quiere, menores. O sea, yo, es cierto, ponía en circulación literatura prohibida, no estaba en un grupo armado, no tenía armas en mi casa. Esa era mi coartada o por lo menos mi fantasía de coartada de que me podrían meter preso otra vez, pero... no me iban a matar. Eso era lo que yo pensaba, por lo menos. Y lo hacía porque mi vida ya era eso, no me imaginaba deshaciéndome de esa literatura ni de los amigos que se generaron con esa circulación. Si me preguntan si fueron años tristes, alegres, y, es una mezcla muy rara. Fueron años productivos, fueron los años en los que me formé y en que aparecí como intelectual, con una revistita presentándome entre pares. Aprendí muchísimo, pasamos momentos duros. Sabíamos lo que ocurría en el país, teníamos esperanza de que las movilizaciones iban a crecer. Fuimos a la famosa marcha de la CGT a donde nos corrieron y casi caigo preso otra vez por un pelito: me metí en una casa y cerré la puerta; pero, digamos, era toda una generación o dos generaciones que estábamos haciendo eso. Entonces, eso era una satisfacción, al ver que, bueno, nos corren, pero ya somos miles en las calles. Qué sé yo, la CGT tuvo que salir a enfrentar. Después vino Malvinas... que fueron unos meses muy extraños, que ustedes lo conocen muy bien. Y después, bueno, se dio esa apertura y nos lanzamos con todo.

E. V. — *Y la gente que le llevó libros..., había dicho que algunos incluso tenían tierra, que se notaba que habían sido enterrados y desenterrados.*

H. T. — Eso fue después, en el CeDinCi. Ahí aparecieron varias personas contándome situaciones parecidas. Por ejemplo, no me acuerdo en qué localidad de provincia, me enteré (me vinieron a contar) que hay una casa donde alguien hizo una falsa pared y guardó una biblioteca. Tengo muchas ganas de ir, esa es una tarea que tengo pendiente... Pero esa casa se vendió, y a su vez se volvió a vender.

E. V. — *Ah, pero vamos juntos.*

H. T. — Vamos y lo filmamos. Sí, sí, sí. Yo lo quiero hacer. Lo que pasa es que los dueños de los libros nos dicen: “Con qué cara yo entro y le explico a una persona que le tengo que tirar una pared”. Pero, entre todos, quizá los podamos convencer. A mí no me quisieron dar los datos precisos, pero me intriga muchísimo. Es cierto, uno puede encontrar que se los comieron los bichos, que están húmedos, pero el acto de recuperarlos, creo que sería muy bueno. Hay otro caso de una donante al CeDinCi, después les puedo buscar los datos porque está en el listado de donantes, que nos trajo un montón de cajas avisándonos que eran el resultado de una biblioteca que se recuperó y que había estado enterrada. Muchos de esos libros tienen marcas de humedad, hojas pegadas... Lo que para nosotros es un problema, porque los bibliotecarios y los archivistas, que estudian conservación, te dicen: “No, mirá, no me dejes este libro acá”. Al mismo tiempo, para mí, es un documento que tiene que ver con nuestra historia. Los dueños los recuperaron y me los dieron.

A. V. — *Una pregunta más: en un momento mencionó que, si bien no tuvo inspecciones o requisa de libros, sí sabía que la policía se los llevaba ¿y los revendía? ¿Había un circuito donde la policía vendía los libros?*

H. T. — Sí, claro. Teníamos sospechas de que algunos libreros compraban los libros que la policía iba a venderles. Pero eso ya pasaba antes de la dictadura. Mangieri me lo contó alguna vez. Me dijo: “Yo perdí dos bibliotecas”. Me lo contó apenas entré a la casa.

La casa de Mangieri era genial, era una cueva llena de libros. Esa es una historia linda también, porque él se empeñaba en rearmar la biblioteca después de que se la levantaban. Rebobino un poco: Laura Klein, que era mi pareja entonces, poeta, quería ver unos libros de poemas de Horacio Pilar que le habían dicho tenía Mangieri, y me dice: “Che, tengo un dato de que a tal librería José Luis Mangieri va todas las tardes”. José Luis Mangieri es el de *La rosa blindada*, le digo. Y entonces fuimos a una librería que estaba por la avenida Santa Fe, que ya no existe, que se llamaba “Finnegans”. Una librería que él había puesto con su exmujer, con libros de psicoanálisis, literatura, algunas cosas de filosofía. No había un solo libro de política porque él estaba clandestino y fichadísimo. Y ahí estaba el loco Mangieri. Entonces, Laura le preguntó por Pilar, y él dijo “Ah, sí, Horacio Pilar, gran poeta”. Y yo agregué con mucho cuidado: “A mí me interesan algunos libros que usted editó, de ediciones de *La rosa blindada*...”. Y, claro, estábamos en una librería donde ingresaba gente que no sabíamos quién era. Y responde: “Tiene que ser mañana a la noche.” Nos miramos medio sorprendidos... “¿Por qué no se vienen a casa y

vemos lo de Horacio Pilar y esos libros que a ustedes les interesan?”. Y entonces caí en una casa que era increíble porque no solamente estaba su biblioteca, sino que, como había sido editor, de algunos de sus libros todavía tenía paquetes con, no sé, 50, 100 ejemplares..., era algo increíble. Llegamos a la casa: tenía una parrillita, tiró unos churrascos y mientras preparaba el asado íbamos charlando. Me dice entonces: “¿Y por qué te interesa *La rosa blindada*?”. “Mirá, —dije— estoy estudiando historia y me interesa leer, digamos, la literatura que la carrera no me da”. “Bueno —respondió— qué es lo que te interesa de lo que yo tengo”. Yo pensé que me iba a dar los libros que tenía duplicados, triplicados, pero me dijo: “No, no. Vos andá a mi biblioteca y fijate: separá todo lo que te interesa”. Y, claro, eso sería..., no sé, el '79. Y él iba poniendo en unas cajas todo lo que me interesaba. Nos quedamos charlando hasta las 2, 3 de la mañana, porque Mangieri era un tipo que contaba anécdotas de un modo muy divertido y, además, era un hombre de la generación de los '60, '70, era todo lo que nosotros teníamos por grandes figuras, casi próceres. En su relato nombraba al Gordo Kunkel, Cayetano Brocato, el Negro Porta.¹¹ Yo no conocía esos apodos, políticamente incorrectos; además Mangieri era políticamente incorrectísimo y entonces todos eran *el Gordo, el Lúgubre, el Enano, el Petiso, el Rengo...* y era muy divertido, era como una bocanada de aire fresco; pero se hizo tardísimo y dijo: “No, ustedes no se van a llevar esto a esta hora de la noche”. Yo, la verdad, me los quería llevar, no quería que se arrepintiera. Y después siempre bromeó con ese episodio. Nos los mandó a través de un tachero amigo que tenía en el barrio, en Floresta. Ni me lo dejó pagar, porque él ya lo había hecho. Me regaló como 200 libros de su biblioteca. Un acto de una generosidad y una voluntad de legado que tuvo toda la vida. No lo hizo solamente conmigo, hay muchos testimonios de su generosidad, él siempre regalaba un libro. Así que eso también es un circuito interesante para rescatar: los que guardaron los libros y se los pasaban a los colegas o a la generación siguiente. Ese espíritu de legado de libreros que entre el comercio y el riesgo y la confianza abrían el depósito. Y el asunto de las fotocopias: leíamos libros en fotocopias pésimas, porque había un solo ejemplar para todo un grupo. Además, le pedíamos a la gente que viajaba que nos trajera un libro. Alguno de título anodino, pero que fuera de nuestro interés. Por ejemplo, los padres de Laura viajaban mucho y yo les pedía siempre que me trajeran el último libro de Cortázar que aquí no llegaba: era literatura, pero Cortázar estaba prohibido. Me acuerdo de *Queremos tanto a Glenda, Un tal Lucas*, que creo que estuvo prohibido. Ni hablar de los textos políticos de Cortázar, de las entrevistas en revistas. Y algunos títulos que se editaban en México, pero que no se llamaban “La revolución...”, y entonces le pedíamos a algún familiar que lo trajera mezclado entre las cosas. O sea, eran múltiples recursos. Las revistas del exilio que alguien enviaba por correo; algún exiliado que volvía y nos íbamos a la casa a ver qué había traído: como *Controversia* o revistas que salían en Madrid... Eso.

¹¹ N. de E.: Apodos de Carlos Kunkel (o *el Flaco* Kunkel), Carlos Alberto Brocato y Juan Carlos Portantiero.